

Asunción de la S. V. María – María es signo de nuestra Esperanza

En 1950, el papa Pío XII definió el dogma de la Asunción de la Santísima Virgen: *“La Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial”*. Pero no se trata solo de un privilegio personal. Como enseña el Concilio Vaticano II, la Iglesia “la contempla (a María) gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser”. María está ahora mismo en posesión de la gloria plena que los creyentes esperamos alcanzar en el Último Día.

Notemos que el Pío XII no define si María murió o no. Esto se debe a que, por razones de prudencia, no quiso decidir sobre un tema en el cual la tradición había mostrado alguna vacilación. Pero aun quienes sostuvieron la posición mayoritaria (es decir, que María participó efectivamente de la muerte de su Hijo) reconocen que esa muerte debió ser algo único, que merecía un nombre especial. Así, en Oriente se la denominó la “dormición” (como testimonia la Iglesia de la Dormición en Jerusalén), mientras que en Occidente se habló más bien de su “tránsito”. Juan Pablo II retomó este tema en una catequesis sobre la dormición de la Virgen en 1997. En ella recordó una afirmación de San Francisco de Sales en su conocido *Tratado sobre el amor de Dios*. Según él, María habría muerto de un “ímpetu de amor”, es decir, por la intensidad del amor por su Hijo, y del anhelo de reencontrarse definitivamente con Él. Cualquiera haya sido el hecho orgánico o biológico causante de su muerte, puede sostenerse que “el tránsito de esta vida a la otra fue para María una maduración de la gracia en la gloria, de modo que nunca mejor que en ese caso la muerte pudo concebirse como una *dormición*”.



Comparación figuras centrales en iconos de la Natividad del Señor y la Dormición de María. de Theófanos de Creta



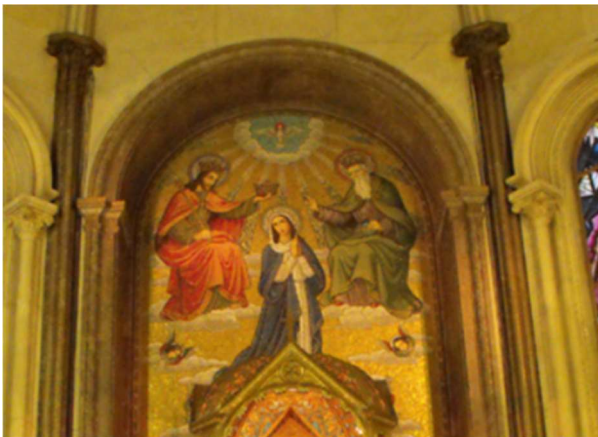
Esto es lo que podemos afirmar sobre el fin de la vida terrenal de María. Pero ¿podemos decir algo más de su entrada en la Gloria del Cielo? A ella la Iglesia aplicó desde el s. V una idea surgida del culto a los mártires, cuyo martirio era celebrado como su *dies natalis* (el día de su nacimiento a la Gloria eterna). Del mismo modo, la Asunción fue vista como el *dies natalis* de la Santísima Virgen.

Este ícono de Theófanos de Creta nos brinda un ejemplo. Cristo aparece en esta escena para recoger el alma de su madre y llevarla consigo al cielo. Si en la Navidad la humilde doncella de Nazaret daba su carne al Verbo de Dios que descendía despojado de su dignidad divina, ahora el Verbo de Dios, rodeado de ángeles y de poder, viene a dar la gloria eterna a su madre. Así, este ícono presenta el itinerario completo del fiel cristiano, que, nacido a la Vida en el Bautismo, es recogido por Cristo en su hora final.



En Occidente, esta misma idea se expresó de otra manera. Esta obra del pintor español Bartolomé Esteban Murillo (1670) representa a la Virgen en el momento que entra en el Cielo, rodeada por los ángeles, con el aspecto casi de una niña. Es evidente que Murillo no tiene interés en representar la apariencia exterior de la Virgen: *está pintando su amor*, enfatizado por los colores cálidos que rodean su figura; un amor que permanece siempre joven, rebosando de vitalidad, intacto pese al sufrimiento atravesado, surgido victorioso de la muerte por especial privilegio de Dios, despegado ya del mundo y tendiendo con toda su fuerza hacia lo alto.

Pero desde el siglo XV, el acto de Coronación de la Virgen es presentado como obra conjunta de la Trinidad. Este tipo de imagen es el que encontramos en nuestro templo de Madre Admirable, como ejemplo de esta tradición secular.



Notemos que esta versión está estructurada por dos triángulos. Uno de ellos, con el vértice hacia arriba, es el que une las Personas Divinas (el triángulo es un antiquísimo signo trinitario). El otro, invertido, une al Padre, al Hijo y a María. Puede decirse que éste último es como el reflejo (invertido) del primer triángulo: la Trinidad que se proyecta, como en un espejo, en María, la Madre de Dios glorificada; y ésta ocupa el vértice inferior, es decir, es el reflejo humano del Espíritu Santo.

María fue asumida plenamente en la vida trinitaria, en esa comunicación de amor por la cual las Personas Divinas se entregan mutuamente. Ella tomó parte de este misterio ya en su existencia terrenal, abriéndose al amor de Dios y comunicándolo al mundo en la entrega de su Hijo. Ahora la contemplamos plenamente integrada en el dinamismo del amor trinitario. Si nosotros en la vida cotidiana nos abrimos cada vez más al amor de Dios y lo comunicamos a nuestros hermanos con generosidad, participando así de la vida trinitaria, el día de nuestra muerte podrá ser también una “dormición” llena de aceptación y esperanza, un “tránsito”, sereno de la gracia a la Gloria. En otras palabras, nuestra muerte podrá ser nuestro *dies natalis*, el nacimiento a esa Vida que hoy la Iglesia contempla gozosamente en María, y que espera firmemente alcanzar.

P. Gustavo Irrazábal 15-08-2026